

“EL RENACIMIENTO, UNA INVENCION HISTORIOGRÁFICA”, de Julio Retamal Favereau

José Marín Riveros
Historiador

I

El libro del profesor Julio Retamal Favereau (*El Renacimiento. Una invención historiográfica*, Ed. de la Universidad Gabriela Mistral, 1997, 337 pp.) es una obra honesta, consecuente, evocadora y provocadora. Honesta, por cuanto su autor -en sus ideas, su rigurosidad y, también, su vehemencia- se refleja claramente en ella. Consecuente, porque quien conoce al Dr. Retamal sabe que este libro es fruto de una larga reflexión que su autor ha presentado en cursos, conferencias y artículos, a lo largo de varios años, dando a conocer sus ideas centrales acerca del problema de las periodificaciones históricas, a saber: su inconsistencia histórica y conceptual, con especial énfasis en demostrar lo inadecuado de ciertas expresiones como “historia universal”, “renacimiento”, o aquellas en torno a las cuales se articula la ya conocida división tripartita de la historia en “antigüedad”, “edad media” y “época moderna”. Respecto de la primera, es claro que hablar de “historia universal” puede ser inadecuado, por cuanto los programas de historia de los diversos *curricula* que se imparten en nuestro país, se refieren casi exclusivamente a Historia de Europa o, si se prefiere, del Occidente Cristiano; en el mejor de los casos, se podría hablar de “Historia Mundial”, especialmente en relación a la historia actual, aunque quizá podamos confundirnos con una “mundialización de la historia (europea)”, que es otra cosa. Por otra parte, entendemos, en general, a qué hacemos referencia cuando decimos “historia universal”, una historia que tiene como centro a Occidente, pero que abarca mucho más. que puede incluir, v.gr., el mundo oriental o cercano oriental; es decir, entendemos que no

hablamos del Universo todo -sería ridículo hacerlo-, sino sólo de *nuestro* universo histórico. Es evidente que podemos cambiar el concepto, pero tal vez debamos fijar nuestra atención en el contenido que le asignamos; en este caso -siempre y cuando historia universal no signifique solamente historia de Europa- se puede caer, simplemente en acuñar una convención más. Y agregar confusiones no lleva al esclarecimiento del asunto.

Así, pues, pocos podrán atribuir exactitud a las grandes periodificaciones históricas, al mismo tiempo que una gran mayoría coincidirá en que, por lo menos, estas son didácticas y cómodas para la transmisión del conocimiento histórico en la enseñanza primaria y secundaria. Como toda convención, esta es discutible, y aun más si, fundamentándose en el "recurso didáctico" se sacrifica la *exactitud* en beneficio de la *utilidad*. Aparte de las fechas de inicio y término propuestas tradicionalmente para los distintos períodos de la Historia -¿por qué ha de comenzar una época con un acontecimiento político (v.gr. la ascensión de Constantino I al trono imperial de Roma) y terminar con hito geográfico-cultural (v.gr. el Descubrimiento de América)?-, se emplea cierta nomenclatura (Antigüedad, Edad Media, etc.) como mera etiqueta, pero vacía de contenido; una cosa es que todo lo que ocurre en Europa Occidental entre los siglos V y XV constituya una Edad Media, por ejemplo, y otra muy distinta es que todos los contemporáneos de los europeos occidentales (bizantinos, musulmanes, u otros), vivan también una Edad Media, sólo por haber existido entre tales 'hitos cronológicos. Las periodificaciones respetan y reconocen la linealidad del discurrir de la Historia, pero no ocurre lo mismo con la contemporaneidad. Franz Altheim, cuando habla de una "Edad Media" persa sassánida (que cronológicamente no coincide con el medievo occidental), nos entrega una clara lección: no basta con el "prejuicio cronológico", es menester preguntarse qué es una Edad Media, y aplicar el concepto con libertad allí donde, *mutatis mutandis*, sea aplicable. Por cierto que el profesor Retamal no acepta proposiciones de tal tipo, señalando, a propósito de Altheim, que "ha habido autores que han aplicado tan equívocos conceptos a la historia de otros reinos". Arnold Toynbee, por su parte, ha realizado esfuerzos importantes por dar contenido a ciertos conceptos cronológicos: una Edad Media es, así, un período intermedio, pero con una característica especial: es un *interregno*, un período de *crisálida*, tiempo de formación. En el pensamiento de Toynbee cada una de las civilizaciones puede tener su propia Edad Media, similar a la europea en cuanto etapa

de formación, pero particular y distinta cronológicamente y, también, históricamente.

Permítasenos aún otro excursus, y siempre desde nuestra especialidad, la historia de la Europa medieval, en torno a las periodificaciones históricas. Según las más corrientes, decíamos, la historia se divide en "antigua", "medieval" y "moderna". El primer término sólo hace hincapié en la distancia temporal que nos separa de dicha época. Se podría ser más preciso y hablar, tal vez, de la "Civilización Grecorromana del Mediterráneo", expresión que, con todo lo inexacta que pueda ser, al menos nos dice algo: que se trata de un tipo especial de sociedad (una civilización), que se erige a partir de dos pilares, lo griego y lo romano, y, finalmente, que se la puede ubicar en un espacio bien delimitado: la cuenca del Mediterráneo. Podría ser. No obstante, se podrían tomar en cuenta las tesis de Jaspers y Altheim, para afirmar que se trata de un fenómeno (la llamada "antigüedad") que abarca mucho más que el Mediterráneo o lo Grecorromano... Pero, ¿es posible aplicar conceptos acuñados para una realidad europea a una realidad extraeuropea? ¿Hasta dónde la convención puede forzar la historia? Lo mismo se puede plantear respecto de la edad "moderna" -cuando se comienzan a hacer las cosas de un *modo* distinto- y de la edad "media" -al *medio* de una y otra época-. En cuanto a este último período ya es difícil establecer qué es lo mejor, si eliminar el término o, conservándolo, precisar su contenido, como hemos señalado más arriba. Los estudiosos de nuestro siglo (Duby, Fossier, Le Goff, entre otros) han demostrado claramente qué es la "Edad Media", cuál es su verdadera "luz", de modo que ya no se puede seguir el esquema de C. Keller -tan justificadamente criticado por Retamal- o la demostración gratuita que de tal período hicieron los pensadores "modernos". No deja de ser sintomático, sin embargo que, los mismos historiadores, al momento de titular sus obras, sigan hablando de "Edad Media" o de lo "medieval". Se ha precisado el contenido del término, pero se sigue recurriendo a él, sea por comodidad o por mantener una convención, inexacta pero funcional.

Julio Retamal no acepta tales razones, no más que explicaciones para justificar una "pereza intelectual". "Es perfectamente lícito -dice- que se forjen divisiones en los decursos históricos como manera de comprenderlos mejor. Pero tales divisiones, etapas o períodos, deben tener un asentamiento en hechos reales y comprobables". Precisamente en esa categoría de

“hechos reales y comprobables” no cabe el “Renacimiento”, ni conceptual ni históricamente. Y si en el caso de otras terminologías hemos señalado que se podrían seguir usando siempre y cuando se precise el contenido, respecto del “Renacimiento”, sostiene Retamal, no se puede seguir hablando de una época que nunca existió fuera de las mentes de los historiadores del siglo XIX. Ése es el tema, pues, de su libro.

II

El libro en comento apunta, precisamente, a un problema de índole conceptual, y por eso su análisis es de carácter historiográfico y no histórico, a no ser que sea la historia de una idea o de una polémica en torno a una idea. No espere el lector, pues, encontrar una “historia del Renacimiento”, porque se decepcionará seguramente. Es más bien, la revisión crítica de un concepto historiográfico. El título no puede ser más claro. Por ello hemos dicho que es una obra provocadora: no se puede permanecer al margen de la discusión que el autor plantea, con posiciones claramente definidas desde un comienzo, las que se podrían resumir así: la inexistencia del “Renacimiento” en la realidad histórica y el carácter obsoleto de las periodificaciones tradicionales de la misma. En ambos planteamientos el Prof. Retamal es consistente y, como ya se dijo, consecuente. También calificamos la obra de evocadora, porque nos recordó algunas palabras que Giovanni Papini pone en boca del ficticio papa Celestino VI en la “Carta a los Historiadores”, específicamente cuando llama a éstos a tomar posiciones y no contentarse con ser sólo “cicerones de cementerios”. Es valiosa, sin duda, y sana también, tal actitud, siempre y cuando sea consistente la posición asumida, aun a riesgo de sobrepasarse.

También nos evocó un poco conocido artículo del irreverente Umberto Eco, que se titula “Diez modos de soñar la Edad Media”, trabajo en el cual, con su gracia de siempre, pasa revista a los principales prejuicios que existen en torno a lo “medieval” (la Edad Media como manera y pretexto, la de la revisión irónica, la Edad Media como lugar barbárico, entre otros temas). Se pueden rescatar de tal artículo algunas ideas interesantes, como cuando señala que a la Edad Media corresponde el “remiendo” y a la antigüedad la “restauración”: “Se reconstruye la antigüedad clásica -escribe-, se restauran los

foros imperiales, se sostiene el Coliseo en peligro, se limpia la Acrópolis: pero no se vuelven a llenar; una vez redescubiertos, se los contempla". ¿Sería sólo esa la actitud del pretendido "Renacimiento"? Pero, como dice Eco, se redescubre para contemplar; no es que las cosas renazcan, lo que, siguiendo a Retamal, es imposible desde todo punto de vista. "En cambio -continúa Eco-, se remienda lo que queda de la Edad Media y se sigue reutilizando como recipiente, para llenarlo con algo que nunca podrá ser radicalmente distinto de lo que ya había dentro". Dice Eco, por otra parte, que la Edad Media "inventa todas las cosas con las que aún estamos ajustando cuentas": la banca, la separación de las esferas de lo civil y lo religioso, la Universidad, entre otros. Se pueden discutir algunas de las afirmaciones de Eco, pero, en un tono distinto, apuntan de algún modo, en la misma dirección que la obra del Dr. Retamal: desmitificar, desprejuiciar, al mismo tiempo que acercar con mayor claridad al lector a la realidad de una época. Eco opta por un discurso gracioso, festivo, a ratos cómico; Retamal, por un análisis pleno de rigor, a ratos demoledor, mostrando un gran dominio de los problemas planteados. A Eco no le importa tanto que se hable de "Edad Media", pero señala claramente el ridículo en que se puede caer y lo jocosa que puede llegar a ser tal denominación. A Retamal, claramente, sí le importa -hasta le molesta- que se hable de "Renacimiento", y por ello se esfuerza en demostrar lo vacío, inconsistente y ridículo del "engendro burkhardtiano".

Para don Julio Retamal no es posible la solución de seguir ocupando la palabra "Renacimiento", pero precisando su sentido. Para él tal período simplemente no existe: "...no se sabe de nada que renazca o haya renacido -afirma-, si se excluye el Ave Fénix, que no es más que mitología. La naturaleza reverdece o reflorece a la llegada de la primavera, pero no renace. Ideas, modelos o interpretaciones son retomadas a veces luego de largos períodos de adormecimiento; luego, reemergen, pero no renacen. (...) La concepción de un renacer es pues absolutamente antinatural y ahistórica; no puede ser probada ni por la especulación ni por la experiencia; es, por lo tanto, simplemente falsa". No tiene el autor mayores reparos en hablar de Racionalismo o Humanismo, pero se encarga de precisar su alcance. En el caso del "Renacimiento", no encuentra forma de hacerlo porque, sostiene, debido a su propia imprecisión, tanto conceptual como cronológica -para unos, se trata de un fenómeno que dura 27 años, precisa, mientras que para otros llega a durar cinco siglos; hay quienes lo ven como

un fenómeno estrictamente italiano, y quienes como un fenómeno europeo-, es imposible.

Es en este plano donde el autor demuestra que no es sólo un revisionista -digámoslo así- iconoclasta. En efecto, cuando se detiene a aclarar qué es el Humanismo, y cómo se le ha confundido con el pretendido "Renacimiento", logra, a nuestro humilde parecer, uno de los momentos más sólidos del libro.

III

El libro se divide en tres capítulos, aparte de una Introducción (pp. 7-15) y una Conclusión (pp. 334-337). En primer capítulo, "La invención del Renacimiento" (pp. 17-142), se establece el "estado de la cuestión" en torno al problema planteado, esto es, que el "renacimiento" nunca existió. A través de una revisión histórica sintética, se señalan aquellos momentos que la historiografía ha llamado "renacimientos" con el fin de determinar si el concepto es adecuado o no. Enseguida, se revisan los postulados de la historiografía posterior a los siglos XV y XVI, apoyándose en la obra de W. Ferguson, a todas luces fundamental en este estudio. Se detiene también el autor en comentar las obras de J. Burkhardt y J. Michelet, ya que a ambos personajes se debe, en definitiva, la invención del "renacimiento", invención que, como señala el autor, no sólo es tardía e inadecuada, sino que caló muy hondo en las siguientes generaciones de historiadores. Abusando de las palabras, se podría decir, pues, que, en realidad, el "renacimiento" existe sólo desde el siglo XIX...

En el capítulo segundo (pp. 143-248), una vez establecido que, según el autor, el "renacimiento" no existe, se revisa un problema muy relacionado: que no se trató -en el supuesto de que hubiese existido- de un movimiento de carácter europeo, y, para demostrarlo, Retamal Favereau aborda el caso español. Este capítulo, sin duda, es muy valioso y una contribución al medio intelectual hispanoamericano, donde problemas de este tipo casi no se abordan o, si se hace, es para seguir los esquemas europeos. Señala el autor: "En resumidas cuentas, la apreciación del supuesto Renacimiento entre los historiógrafos españoles parece comenzar con Menéndez Pelayo, para sufrir luego toda suerte de interpretaciones y adaptaciones a las condiciones reales prevalentes en los reinos hispánicos de los siglos XV y XVI. Por ende, el término y el concepto renacentistas, lejos de aclararse,

decantarse y afinarse, no han hecho sino diluirse más con las excrescencias que sus pertinaces adoradores procrean, sin parar. Cualquier acontecimiento o proceso da para interpretar el supuesto espíritu renacentista. Todo pretexto es válido para corregir o desdeñar aquellas deficiencias o desajustes que salen al encuentro del mito, por muy obvios que sean. Cada uno agrega su propio enfoque, postura científica o, lo que es bastante más grave, ideológica. De manera que el Renacimiento español aparece más confuso, equívoco y camaleónico que su supuesto predecesor italiano”.

El capítulo final (pp. 249-333) examina el tema del humanismo y su confusión con el “renacimiento”. Para el profesor Retamal, el concepto de humanismo “no ha alcanzado el mismo grado de vaguedad o ambigüedad del Renacimiento, con el que, por lo demás, casi siempre se le asocia”, erróneamente, por cierto. Qué debe entenderse por humanismo, para no caer, precisamente, en aquella asociación errónea es el problema central del capítulo. Y concluye, después de un detallado y riguroso análisis: “No, Humanismo y Renacimiento no son lo mismo. El primero es real; el segundo un engendro ‘ideal’ decimonónico”. Esta parte del libro, como ya dijimos, está muy bien lograda y, además, estableciendo nítidamente qué es el humanismo rinde un servicio al lector, especialmente en una época en la cual todos se llaman a sí mismos “humanistas” –a veces no son sino “humanitaristas” como dijera V. De Girólamo-, sin entender siquiera lo que eso significa o significó en la Civilización Cristiana Occidental.

IV

Finalmente, quisiéramos citar a un poeta pagano del siglo V d.C. que utiliza el concepto de “renacimiento” para referirse a su época. Se trata de Rutilio C. Namatiano, último poeta de la Roma Imperial quien, hacia el 417, poco después de haber sido saqueada la Ciudad Eterna por los visigodos, señala que se vive un verdadero “renacimiento” (*ordo renascendi*, en palabras del poeta). Alguien podría argumentar que esta cita justifica hablar de “renacimiento”; no obstante, si la analizamos desde la perspectiva planteada por el Dr. Retamal, veremos que no hace sino afirmar su tesis. En efecto, Rutilio es un pagano y, por tanto, cree en la regeneración cíclica del mundo según las concepciones

míticas propias del mundo antiguo; desde ese punto de vista, las cosas pueden renacer tantas veces como recomience el “ciclo del eterno retorno”, recordando las palabras de M. Eliade. En el mundo cristiano, histórico, eso es imposible.

El capítulo final (pp. 349-357) comienza el análisis de los mitos de la cultura popular, en particular el mito de la resurrección. El autor plantea que el mito de la resurrección es un mito de la cultura popular que ha sobrevivido en la cultura popular, pero que ha sido transformado por la cultura popular. El autor plantea que el mito de la resurrección es un mito de la cultura popular que ha sobrevivido en la cultura popular, pero que ha sido transformado por la cultura popular. El autor plantea que el mito de la resurrección es un mito de la cultura popular que ha sobrevivido en la cultura popular, pero que ha sido transformado por la cultura popular.

Y en el capítulo final, el autor plantea que el mito de la resurrección es un mito de la cultura popular que ha sobrevivido en la cultura popular, pero que ha sido transformado por la cultura popular. El autor plantea que el mito de la resurrección es un mito de la cultura popular que ha sobrevivido en la cultura popular, pero que ha sido transformado por la cultura popular. El autor plantea que el mito de la resurrección es un mito de la cultura popular que ha sobrevivido en la cultura popular, pero que ha sido transformado por la cultura popular.